

Barquito de papel...



Cuando me desperté, llovía como nunca. Llovía... con una gran vocación. Aquel día, se llovía el cielo entero y estaba todo, demasiado oscuro. – *Seguro que también se llueve adentro del hospital* – y recordé la ceremonia de los baldes y palanganas, debajo de las goteras.

Y cuando caminé hacia el hospital, lo hice muy despacio, pues sentía la tristeza húmeda de las veredas, bajo la piel de mis zapatos que dudaban de todo. Desayuné café y medialunas, en un bar cercano al hospital. El crepitar de la lluvia y un tenue hilo musical a la distancia, me dejaban apenas escuchar alguna que otra melodía.

No quería llegar al hospital, esa mañana. – *Si yo no quería llegar hasta aquí y llegué, entonces no es mi culpa, como tampoco lo es de las vacas ni los perros* – sonreí, mientras transformaba una servilleta en “barquito de papel”. Apresurado y como siguiendo un impulso loco de añoranzas, lo deposité en el agua que corría al lado del cordón de la vereda. El mozo miró, creyendo que me escaparía sin pagar. Pero volví a la mesa, a contemplar satisfecho mi pequeña obra. Mientras se alejaba, recordé a Serrat: *“Barquito de papel sin nombre, sin patrón y sin bandera, navegando sin timón, donde la corriente quiera...”*

Y me quedé sentado en la mesa del café, esperando que nunca dejase de llover, como si la lluvia me excusase de todo. El paraguas era mi única compañía. Con los años había aprendido a quererlo, pues solía ser infalible para predecirme el tiempo. Cuando se olvidaba de venir conmigo, era seguro que llovía. Y si salía de mi casa con él, en plena lluvia, se iluminaba en una sonrisa radiante que me abría el paso por las calles y avenidas.

Relámpagos y truenos. Lluvia portento. Lluvia admirable. Lluvia promesa. Lluvia tragedia. Lluvia y paraguas. Paraguas. Fragilidad y resistencia. Día de lluvia y de paraguas. Una nube de paraguas marchaba bajo la lluvia, por la calle húmeda, de camino al hospital. Hasta había algunos que perdían el miedo a la lluvia y cerraban sus paraguas. Corrían bajo los relámpagos, los truenos y las gotas de lluvia. Todo se mojaba o por lo menos, se humedecía. Y hasta en mis ojos, había demasiadas lágrimas... Todo rezumaba agua y más agua, menos mis riñones. Y lloraba, porque mis riñones, ahora ya no lloraban más.

Y mientras por la ventana mojada miro al cielo negro, me invaden miles de preguntas sin respuestas ¿Cómo evitar lo inevitable? El arte de evitar lo inevitable, siempre será una duda eterna entre fatalidad o libertad. ¿Existe el destino? ¿Todo está escrito en las estrellas? ¿O somos libres? ¿Cómo evitar sentir el mismo grado de orfandad que sentí, cuando se murió mi padre? ¿Pudo evitarse su muerte, acaso? Y ahora tener que cumplir con el oficio nada simpático, pero inevitable, de aguafiestas, es un dolor que pareciera estar hecho de venganzas inconscientes - *¿Qué lindo que sería no ser un aguafiestas, ya que el azar también resulta divertido!* ¿Por qué no puede ser que me salve, aunque no vaya más a este hospital impúdico?

Todo esto, cada vez me asusta más y por eso, le estoy dando tantas vueltas para ingresar hoy, al hospital. Morir en casa o en el hospital, enchufado a mangueras y tubos, suena demasiado triste y prosaico. Morir en la calle, en cambio, intentando salvar a una dama, suena mucho más romántico. Llueve y solo recuerdo que cuando era muy chico, me daban ganas de orinar apenas comenzaba. Pero ahora, no. Ya no puedo... mis riñones, se secaron.

Riñón artificial, maldito y bendito al mismo tiempo. Por culpa de él, no quiero entrar. Mis miedos me atormentan, me carcomen. Miedos del presente, del futuro y del pasado. ¿O acaso no es cierto que si hubiese una catástrofe y se destruye el hospital, yo no tendría salida...? - *Roja duda que algunos llaman sangre, roja duda que en mis venas corres, por el plástico de tubos y ramales te sales de mi cuerpo, y te paseas. Siempre vuelves renovada, bendecida por membranas que te filtran, a este cuerpo que te espera, como la tierra reseca aguarda, a la bienhechora lluvia.*

Espera interminable del transplante, sometido a una fea tortuga mecánica que mientras limpia mi sangre, juega con mis nervios. Tengo que elegir entre estas cuatro horas, tres veces por semana, o la absoluta nada del vacío. Amor y odio. Relación de amor y odio con ese riñón artificial, como si fuese uno más de mi familia - *Hasta perdí la cuenta, de cuantas veces he sido dializado...* - golpeo la mesa con el puño - *A los médicos y enfermeras, los quiero con mi vida* - y a pesar de mi dolor, estas verdades son un filtro de esperanzas.

Llueve y llueve. Llueve cada vez más fuerte y sigo pasándole revista a mi existencia. Querer ser libre y ser cada vez más dependiente. Dependencia, que en cualquier otro enfermo es necesario superarla, en mí es mandatoria obligación. Hoy no sé si yo, soy yo. Vivo pensando en la muerte, para no tenerle miedo... A veces pienso que en vez de pelos en el cuerpo, tengo tubos. Hasta me alejé de amigos, pues a ellos no les interesa compartir mis restricciones. Ellos tienen proyectos, yo solo persigo el de sobrevivir. Amarrado a una maquina insolente, que invade cada recoveco de mi vida. Enfermedad y soledad, amigas que se hablan sin hablar.

A los veinticinco años, sentirse convocado a limosnear la vida, no me resulta demasiado bello. Sin trabajo, sin estudios y sin futuro. Y lo peor, sin ganas. Miro el paisaje de mi cuerpo sin tubos y por un rato, ando tranquilo, pero luego mi mirada se pierde en la nada, el miedo, la tristeza, la locura... ¿Por qué a mí? Hoy, el sol mandó a sus infinitos rayos a dormir, la luna y las estrellas se escondieron, la angustia se agazapó en un mar azul de lánguidas miradas, mientras desde esta mesa observo al cielo negro en su vacío eterno, pletórico de tristezas infinitas. Pareciera llover - ahora entiendo -, pero en realidad el cielo esta llorando.

- *¡Oiga, marinero de agua dulce! Sin artillería gruesa, vuestro pequeño barco a vapor fue arrojado contra la costa de una alcantarilla y casi hundido en la penumbra, en el límite de lo soportable, entre el agua y la negrura de un pozo interminable. Pero yo, armada de un coraje infinito, sin ayuda de la Prefectura, trabajé en el reflotamiento y la extracción del buque casi hundido, con aceptables resultados...* - su voz de mujer joven sonaba dulce, como el agua corriendo por su cuerpo, toda mojada, con ropa y todo chorreando, aunque iluminada por una sonrisa contagiosa de victoria. Frente a mi mesa, en su grácil mano portaba el maltrecho barquillo de papel, rezumando el agua tragada en el combate desigual. Me había visto colocarlo en la desalmada corriente...

Le respondí con un mojado aplauso. Me sentía muy mal, pues me había quedado en un lugar húmedo y parecía que hasta mi pelo, se estaba cayendo. - *¡Tú estás toda mojada y vas a arruinar, mi barco nuevo...!* – le respondí, simulando un gesto de ofendido, colocando la mano en mi camisa, al mejor estilo Napoleón. Nos terminó de despertar una estrepitosa y saludable carcajada subversiva, que no pudimos ni quisimos reprimir.

Paola, es mi eterna compañera de sillón de diálisis. Ella lleva cuatro años, yo solo uno. Al rato sacó de su cartera un lápiz y dibujó en un costado de lo que quedaba del barco de papel, dos riñones, atravesados por una flecha. Cupido esa mañana, en vez de unir a través del corazón, apuntaba con sus flechas más abajo.

Paola y sus ojos negros. Ojos negros, pelo largo y piel morena. Ojos negros que desnudan, te atraviesan y te queman. Ojos negros que te miran... y te dicen todo.

– *Quien no entiende una mirada, tampoco entiende una larga explicación...* - suele decirme, cuando hablamos de los médicos y de las enfermeras que nos atienden en la diálisis. Ella agarró mi mano y no me la soltó. Debajo de mi paraguas, nos fuimos en silencio bajo la lluvia, al hospital. El barquito de papel, salvado del naufragio, presidía muy orondo nuestra sesión de diálisis.

Para todos Paola es una mujer de gran corazón... pero para mi barquillo, mi paraguas y yo, Paola... Paola es una mujer de “grandes riñones...”

... Fin...